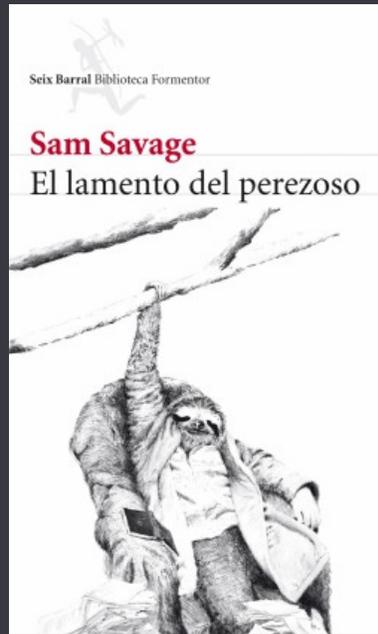




Visita

al territorio de

Sam Savage



El lamento del perezoso

Sam Savage

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura
Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Título original:
The Cry of the Sloth: A Complete Account

Primera edición: septiembre 2009

© Sam Savage, 2009
Edición original:
Coffee House Press, Minneapolis, Minnesota

Derechos exclusivos de edición
en español reservados
para todo el mundo:
© Editorial Seix Barral, S. A., 2009
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es

© Traducción: Ramón Buenaventura, 2009

ISBN: 978-84-322-2852-0
Depósito legal: B. 30.381 - 2009
Impreso en España

Lo que nos ocurre puede ocurrirle a todo el mundo o solamente a nosotros; en el primer caso, es banal; en el segundo, es incomprensible.

FERNANDO PESSOA

JULIO

Apreciado señor Fontini:

Esto es para que conste. El enyesador ha presentado su factura por cambiar el techo de la cocina. Era, como seguramente sabe usted, un techo de buen tamaño, bastante más techo, digámoslo así, del que, para su desgracia, mucha gente tiene en el salón. Es, además, la segunda vez, lo cual me hace aún más difícil, por acumulación, asumir el pago. No soy un manantial de dinero, mucha gente se lo refrendaría. En pocas palabras: no puedo pagar de mi bolsillo a los operarios nada que pase de los 300 dólares. Le adjunto una copia de la factura para que le eche usted un vistazo. Por favor, téngalo en cuenta a la hora de enviarme el próximo pago del alquiler.

Atentamente,
Andrew Whittaker,
The Whittaker Company

* * *

Mi querida Jolie:

El talón que te envío es más pequeño de lo que esperabas, y no hay remedio. Ponga lo que ponga en nuestro acuerdo de separación, tú sabes tan bien como yo que estas propiedades no pueden considerarse «bienes que generan ingresos». Ya cuando tú te marchaste la mitad de ellas eran gangas teóricas, por no decir algo peor, y ahora están tan tremendamente hipotecadas, tan *deterioradas*, que apenas si bastan para mantener a flote mi barquilla, mientras boga dando tumbos por este océano de mierda, con lo poquita cosa que es y yendo como va cargada de las más acuciosas necesidades. (Con lo de poquita cosa me refiero al barco, claro; el océano, en cambio, es inconmensurable.) Donde digo «deterioradas» léase *cayéndose a pedazos*. La señora Crumb

intentó abrir la ventana de su dormitorio, hará cosa de una semana, y se le fue entera a la calle. Va a tener que apañárselas con una lámina de plástico, y mientras he tenido que descontarle veinte pavos del alquiler. Todos los meses se me marcha alguien, es una hemorragia incontenible. Dos unidades de la zona de Airport Drive siguen sin alquilarse, por más que me empeño, por más anuncios que pongo, constantemente. Estamos a treinta y seis grados, ahí fuera, y no me atrevo a conectar el aire acondicionado. El dinero que ahora te envió lo he distraído —creo que el término legal es «desviado»— de las Reservas para Reparaciones y Mantenimiento. Como muy bien sabes, lo que se ahorra en esa partida sólo sirve para reducir los ingresos en el futuro. Te recomiendo que lo pienses. Si Todd Fender me llama, le colgaré el teléfono.

Han talado aquel olmo viejo y grande que había en la acera de enfrente. Era el último olmo que quedaba en nuestra manzana. Cuando se fueron los taladores, me acerqué por allí y me subí al tocón que habían dejado, muy ancho y muy blanco, y me quedé mirando nuestra casa, al sol, con todo el calor, sin el consuelo de la sombra. Me impresionó el aspecto tan poco interesante que tenía.

Parece que se ha corrido la voz. Ya han dejado de preguntarme por ti, de querer saber cómo me las compongo. Ahora me miran en silencio, como con pena, me dedican silenciosas ojeadas de conmiseración, de las cuales me congratulo. Y al andar balanceo los brazos de un modo que a mí me parece la mar de desenvuelto... para liarlos y confundirlos. En los viejos tiempos habría llevado un bastón con el pomo de marfil, y la gente habría dicho al verme: «Ahí va el caballero de la literatura.» Ahora, en cambio, lo que dicen es... ¡Vaya usted a saber lo que dicen!

Con cariño,
Andy

* * *

Dúplex amplio Y confortable. Airport Drive, 1730. Ambos 2 dormitorios 1 baño. Electrodomésticos. Recién pintado y enmoquetado. Edificio amplio, de aspecto antiguo, con muchas

mejoras. La unidad de arriba da a un pequeño estanque. Céntrico, a pocos minutos de la parada del autobús. 125\$ + gastos.

* * *

Querido Marcus:

Por más que los cuento con los dedos, no me puedo creer que hayan pasado once años. Prometimos que nos mantendríamos en contacto, y mira tú... Supongo que incluso allí, en el Este, te enteras de vez en cuando de lo que hacemos por aquí, en Rapid Falls. A mí, por mi parte, sólo me ha hecho falta el suplemento dominical de nuestro periódico *Current* para estar al tanto de *tu* carrera. (Me entra la risa al escribirlo, acordándome de que «carrera» fue en tiempos una especie de palabra malsonante en nuestra pandilla de tipos duros, una risa teñida de melancolía.) Una vez publicaron una foto tuya, montado en la moto. Una máquina bonita, desde luego: en mi vida había visto tanto niquelado. En el momento se me pasó por la cabeza enviarte la foto, pero me lo impidió la idea de que seguramente tendrás un servicio de seguimiento de prensa. Cada vez que veo tu nombre en letras impresas, querido Marcus, o tropiezo con una «reseña entusiasta» de alguna nueva novela tuya, experimento una subida de cálido placer asistiendo al éxito de un viejo colega; placer que se mezcla, lo confieso, con una pequeña medida de satisfacción personal. Y ¿por qué no? Era yo, al fin y al cabo, quien lideraba nuestra pequeña banda en aquellos experimentos que tú y otros, incluido el astuto Willy, pulisteis luego hasta la perfección. Me considero la chispa que provocó el incendio. Es una pena que la idea de incorporar personajes cinematográficos directamente a la novela haya sido puesta en práctica, estropeándola, por escritores menos talentosos que tú. ¿Debemos incluir entre ellos al pobre Willy? Temo por él.

Pero espérate. No te escribo para hablar de los viejos tiempos, ni tampoco (digamos, por retorcer un poco la frase) de viejos dimes y diretes. Tengo un amigo en apuros. No un amigo de carne y hueso, aunque de éstos tampoco me faltan, qué le vamos a hacer. Me refiero a *Soap: A Journal of the Arts*,¹ la pequeña revista literaria

de la que soy fundador y director, con sus suplementos anuales, *Soap Express* y *The Best of Soap*. Supongo que habrás oído hablar de nosotros en la prensa local, aunque quizá no hayas captado la relación conmigo (no me dedico a blasonar mi nombre en la cubierta), e incluso puedes haber visto la mención en *American Aspects* hace unos años, en una reseña del *Luz de la luna y oscuridad de la luna*, de Troy Sokal, donde señalaban un contraste favorable entre «las consignas neomodernistas» de *Soap* y los «lóbregos entusiasmos» del movimiento «mugre y estiércol» de Sokal. Ni que decir tiene que no daban ni una: no hay rivalidad alguna entre *Soap* y Sokal, y el «movimiento» M&E sólo existe en la imaginación de Sokal. De hecho, te envié los primeros números de la revista, pero no acusaste recibo. Igual no te llegaron.

Déjame presumir un poco de algunos de nuestros «descubrimientos». Fuimos los primeros en publicar la desgarradora crónica de viajes de Sarah Burkett, *Los váteres del Annapurna*, así como varios adelantos de la novela zen de Rolf Keppel, *Cojinete de bolas*. Ambas volvieron a publicarse luego en grandes editoriales neoyorquinas, con no poco éxito. Estoy seguro de que conoces los títulos, aunque no los hayas leído. (Me duele decir que los lectores tenían que desojarse para leer el microscópico texto de la página legal en que se hacía constar nuestro papel en el descubrimiento de estos autores: eran, básicamente, tanto el uno como el otro, un par de ganapanes de pueblo, como bien denotaban sus modales.) La poesía especular de Miriam Wildercamp aparecía regularmente en nuestras páginas en una época en que nadie se habría atrevido ni a mirarla. Nuestro hallazgo más reciente es Dahlberg Stint, de quien espero que pronto esté causando sensación, de costa a costa. Todo esto, sin mencionar lo mío: relatos, reseñas y algún que otro poema corto. Llevo estos siete años sacando la revista prácticamente yo solo. Ello sin cejar ni por un momento en el empeño de eludir la letal autocomplacencia, luchando —con una ferocidad digna de Ezra Pound— por fijar unos raseros mínimos. Me enorgullece decir que de vez en cuando nos las hemos compuesto para llamar la atención de un modo positivo.

Pero, evidentemente, una empresa como *Soap* no puede sobrevivir solamente con las suscripciones. Me he visto obligado a

detraer una inconmensurable cantidad de horas de mi trabajo literario para andar por ahí con la gorra en la mano, persiguiendo ayudas públicas y privadas. Nunca fue suficiente, y si hemos sobrevivido ha sido a costa de donaciones de mi propio bolsillo. Hemos llegado hasta a montar puestos callejeros de venta de bollos, Jolie y yo, en el centro comercial de la universidad, y la cosa nos fue bien durante cierto tiempo, pero ahora, ya, me he quedado sin su ayuda, no sólo como repostera, sino también como mecanógrafa y contable. Se marchó hace dos años a Nueva York, a Brooklyn, a estudiar teatro, y eso que nunca antes había manifestado el menor interés por el asunto. Mientras tanto, las relaciones con los «medios artísticos» de la localidad se agriaron mucho, quizá, al menos en parte, porque ya no tengo la deslumbrante personalidad de Jolie haciéndome de intermediaria. Yo, me temo, tiendo a decir lo que pienso. Pero creo que la raíz del problema está en que toda esa gente ha ido poco a poco convenciéndose de que jamás permitiré que *Soap* se convierta en el vertedero de sus mediocres obras. Las cosas han llegado a tal punto, que *The Art News* se considera con derecho a burlarse regularmente de la revista en su «Resumen del mes», llamándola «Soup» [sopa] y «Sap» [poquita cosa] y otras estúpidas permutaciones, «Pus» y «Glop» [bazofia]. Eso te bastará para hacerte idea de lo que estamos teniendo que superar. A veces te envidio, a ti que vives en Nueva York.

Con la economía como está —y la aparente incapacidad de Nixon y su gente para hacer algo al respecto—, mis ingresos personales han ido encogiéndose, más bien arrugándose, mientras los gastos se hinchaban. A no ser que tome drásticas medidas, el descarrilamiento de *Soap*, esta vez, va a ser definitivo. Y no será vendiendo bollos como lo impidamos. Lo cual, mi querido Marcus, me lleva al motivo de esta dispersa carta. Tengo en mente algo muy grande para la primavera próxima. El proyecto está aún sin definir, pero veo una especie de simposio & retiro & taller & colonia de escritores en algún momento de abril, cuando florecen los narcisos. La idea es traer figuras de primera categoría, junto con público de pago, para un fin de semana de talleres y charlas. Como bien sabes, los asistentes a este tipo de cosas no suelen estar terriblemente

bien informados del quién es quién literario (pocos habrán oído hablar de Chester Sill o de Mitsy Collingwood, que me tienen prometida su asistencia), de modo que sería un tremendo estímulo poder contar al menos con una «figura nacional». Y no hay duda, después de la que se armó con *La vida secreta de los ecos*, que tú lo eres. ¿Te animas a venir? Junto con tu «¡sí!» más entusiasta, también espero que puedas aportar al programa alguna de tus brillantes ocurrencias. Aún no hay nada grabado en piedra, nada fijo.

Tu viejo amigo,
Andrew Whittaker

P. S. Lamento que sean tan escasas las probabilidades de que la revista o yo estemos alguna vez en condiciones de retribuirte el tiempo que nos dediques, ni de reembolsarte los gastos de viaje. Es algo que me sabe muy mal. Pero estarás estupendamente alojado en mi casa, y por la noche, cuando se hayan dispersado los muchedumbres, podremos quedarnos hasta las tantas de charleta. Sé que no te amedrentaré si te digo que me apetece mucho hablar sin contemplaciones de tu obra más reciente.

* * *

Qué asco, qué asco. Mentiroso, servil, estúpido. La coba inicial. ¿Cómo puedo ser tan aborrecible? Lo que me hace falta es una puerta para salir del mundo por una temporada. De niño me encantaba encerrarme en el armario grande del dormitorio de mis padres, acurrucarme en la oscuridad con el olor a naftalina y la sensación de estar sentado en aquellos bultos que eran los zapatos de mamá.

* * *

Apreciada señora Brud:

Siete meses han pasado, y sigue usted sin pagarme el alquiler. Dos veces le he hecho llegar corteses recordatorios. En ellos no le echaba a usted nada en cara, ni hablaba de incumplimiento de contrato ni invocaba el cruel espectro de las acciones legales o el desalojo. En vista de ello, puede usted imaginarse mi sorpresa cuando abrí el sobre de su respuesta, esta mañana, y de él no cayó ningún cheque, ni ninguna orden de pago. Lo que revoloteó hasta el suelo, en cambio, fue su muy sorprendente carta. Madame: permítame recordarle las circunstancias de lo que hablamos el día en que vino usted a mi casa, hace cinco meses, cuando ya me debía dos mensualidades. Estaba usted muy afligida, incluso perturbada, y como no soy el Scrooge de *Cuento de Navidad*, ni ningún casero despiadado, no la dejé delante de la puerta, bajo la lluvia. La invité a pasar y le ofrecí asiento. Dado que mis papeles y libros ocupaban todas las sillas, hubimos de compartir la pequeña parte del sofá que aún permanecía libre. Estaba usted mojada, temblando de frío. Le traje un martini y unos cuantos cacahuetes. Permití pacientemente que me relatará el percance de su marido con la licuadora eléctrica y que me detallara los gastos médicos resultantes, y no impedí que me contara el injusto arresto de su hijo, con detalle de los gastos legales. Me sentí obligado a expresarle a usted las consabidas palabras de condolencia. No obstante, cuando le dije que no se preocupara, ni por los más apartados arrabales de la mente se me pasó la posibilidad de que fuera usted a interpretar mis palabras en el sentido de que a partir de ese momento podría usted vivir sin pagarme el alquiler. En cuanto a su carta de ahora, no comprendo lo que pretende al afirmar que si insisto en que me pague los recibos atrasados se verá usted «obligada a contárselo a su marido». A contarle *¿qué?* ¿Que al propietario legítimo de la casa en que reside le gustaría recibir un magro pago en compensación? Y ¿qué significa «si quiere usted volver a verme»? ¿Qué es lo que pretende dar a entender? Estaba llorando, ahí sentada, en *mi* sofá. Era *perfectamente normal* que aquello me afligiera en extremo. La abracé como se abraza a los niños cuando lloran. Le musité «venga, venga». Si me permití darle unos golpecitos de afecto en la cabeza y retirarle de los labios un húmedo mechón de pelo gris —cuando, usted, por así decirlo, se me había

echado encima— fue (¿osaré decirlo?) sin la menor intención *sexual*. Lo hice con la esperanza de que tales gestos añadieran credibilidad a mis palabras de condolencia, que en el futuro, si volvieran a producirse, serían desde luego meramente corteses. Le ruego que me haga llegar la cantidad de $7 \times 130\$ = 910\$$.

Atentamente,
Andrew Whittaker
The Whittaker Company

* * *

Querido colaborador:

Muchas gracias por habernos brindado la oportunidad de leer su obra. Tras detenido estudio, no tenemos más remedio que llegar a la conclusión de que en este momento no encaja en nuestros intereses.

La dirección de *Soap*

* * *

Mi querida Jolie:

¿Por qué no me preocupé nunca de lo que podía estar ocurriéndole a papá? Ahí estaba, con los ojos saliéndosele de las órbitas, por culpa de la tensión y una enfermedad cutánea localizada en la espalda y en el trasero, con unos picores tales que se iba a la cocina y se rascaba furiosamente con una espátula de metal, hasta ponerse la camisa perdida de sangre; y una tendencia a beber hasta el letargo, durante la cena. Mamá intentaba quitarle el plato de delante en cuanto lo veía dar la primera cabezada, pero a veces caía de bruces sobre el pastel de carne con patatas, o el cerdo con puré de manzanas, o lo que fuera que hubiese de cenar aquella noche, antes de que le diera tiempo de apartarlo, aunque lo más frecuente era que se derrumbase de costado en el asiento. Nunca se me ocurrió pensar que esta lamentable comedia tuviera algo que

ver con lo que hacía durante la jornada, lo que se veía *obligado* a hacer durante todo el día. Pensé que le estaba pasando lo que tenía que pasarle, sin más. Y ahora me está pasando a mí. Quiero decir que *ahora* la vida me está pasando a mí. Un día me echo a la calle a acosar inquilinos morosos, oigo sus lacrimógenas historias, escucho con la mirada perdida el gimoteo de las quejas por los desagües atascados y los ratones imposibles de matar y los hornos que no se calientan y los techos que se han venido abajo. Nunca entenderé a estos individuos. ¿Se quedan en paños menores en cuanto oyen el timbre, para abrir la puerta? ¿O es para poder rascarse más ostensiblemente mientras yo les estoy hablando? Al día siguiente estoy al teléfono tratando de engatusar a algún comerciante para que trabaje a crédito. Y luego, cuando encuentro a alguien, el hombre la jode de tal manera que tengo que volver a hacerlo yo de arriba abajo, aunque no sepa cómo, pero al menos trabajo barato. Bien podrían ponerme este epitafio: *Trabajaba barato*. Y luego, cuando lo que sea vuelve a estropearse, los inquilinos me llaman *con amenazas*. Acabará yendo por ahí con una pistola, igual que papá. Luego están los peces gordos —los bancos, el agua, la electricidad, el teléfono, sobre todo el teléfono—. A veces sueño que me persiguen hombres con armadura. En algunas ocasiones, me aterrorizo pensando que en cualquier momento voy a bajar a la calle gritando. O tal vez agarrar la pistola de papá, cruzar tranquilamente las puertas de cristal de alguna oficina del centro y liarme a tiros con todo el mundo, ¡bang bang bang! Esta situación se prolonga a veces durante semanas enteras, hasta que me agoto por completo. Aún no padezco soriasis, mi cabeza se mantiene con gallardía, sin caer encima del plato de carne enlatada, pero estoy agotado, exhausto, no puedo más. Cuando por fin vuelvo a casa, tengo que tumbarme en el sofá, resollando como si acabara de hacer un enorme esfuerzo físico. Podrías llamarme de vez en cuando.

Andy

* * *

¡Como en familia! Charles Court, 73. Unifamiliar estilo bungalow, único, en barrio atractivo, 2 dormitorios 1 baño. Armarios grandes. Valla de seguridad. Patio embaldosado. Aparcamiento con alumbrado. A 10 minutos zona comercial y gasolinera. 155\$ + gastos.

* * *

Querida mamá:

Espero que ya estés bien cuando te llegue esta carta. Es verdad que un resfriado puede ser algo muy desagradable, y Elaine no estuvo nada correcta burlándose de ti y quitándote los clínex, si eso fue de veras lo que ocurrió. Y, a pesar de lo que das a entender, sé muy bien que un seto puede resultar muy aburrido, cuando es lo único que tienes delante de los ojos. Pero estoy convencido de que si lo miras atentamente, tratando de captar cada hoja por separado y no como una más entre tantas otras, lo encontrarás más variado de lo que habías pensado y lo suficientemente interesante como para ayudarte a pasar las tardes con amenidad. Siempre me ha parecido que la gente que se aburre es porque no se fija en los detalles. Tenía intención de haberte hecho una rápida visita este mismo mes, pero me temo que el Chevrolet está averiado, una vez más. Hay algo que no funciona en el radiador, o en la transmisión, y con el tremendo calor que está haciendo por aquí, le hierva el agua incluso en trayectos cortos, para ir al supermercado. Le pregunté a Clara lo de tu secador de pelo; ella dice que no se acuerda. En cuanto pueda, te sacaré a dar un paseo en coche. Podemos acercarnos a Woodhaven, a visitar la tumba de *Winston*. Eso te gusta, lo sé, y a mí también, claro. Y, por cierto, no fuiste nada justa al decir que *Winston* siempre me había importado «una mierda pinchada en un palo». La verdad es que precisamente la semana pasada estuve hablando con el reverendo Studfish. Me prometió que le echaría un vistazo al asunto, aunque ya de entrada me advirtió de que la ley eclesiástica puede ser muy canónica al respecto. No creo, sin embargo, que debas desanimarte por ello, porque le empezó a caer mal *Winston* tras lo que hizo en la boda de

Peg —le empezó a caer mal al Reverendo, quiero decir—. Si te sirve de algún consuelo, personalmente estoy convencido de que *Winston* es muy feliz, dondequiera que esté, sea el sitio que sea.

Con todo mi cariño,
Andy

* * *

Mi primerísimo recuerdo es el de mamá cepillándose el pelo. Era una atardecida muy seca, y a la árida luz vespertina se veían saltar chispitas entre el pelo y el cepillo, como pulgas. Pulgas brillantes. Fue mi primera percepción del papel que la electricidad desempeña en nuestras existencias. Mi primer recuerdo es el de la mano de mamá. Era de alabastro, pálida, con las venas azules. Era una mano muy delicada, muy aristocrática, con esas venas azules. Yo estaba en mi cunita de mimbre, toda con encajes, en el porche. Ella hablaba por teléfono —con quién, me pregunto— y decía (recuerdo las palabras con toda claridad, aunque, por supuesto, aún me faltaban muchos meses para adquirir un vocabulario lo suficientemente amplio como para comprender su significado, y hasta que llegó ese momento hube de contentarme con hacer de ellas una silenciosa cantilena): «Mándeme una paletilla asada con patatas, medio kilo de espárragos, dos cuartillos de leche y un paquete de detergente Tide.» Me viene mucho a la mente este recuerdo, y me asombra eso de que antes se pudiera hacer pedidos por teléfono Mierda mierda mierda.

* * *

Apreciado señor Poltavski:

En respuesta a su solicitud de orientación en lo tocante al envío de originales, le adjunto el texto en que se recogen nuestras normas. Ojalá que todo el mundo pidiera orientación antes de enviar material inadecuado, que me hace perder el tiempo a mí, tras habérselo hecho perder al remitente. Y gracias por incluir un sobre

franqueado para la devolución, algo que no muchos de ustedes hacen.

A. Whittaker, Director

* * *

INSTRUCCIONES PARA EL ENVÍO DE TEXTOS

Soap es una publicación de alcance nacional consagrada al arte literario en todas sus manifestaciones: relato corto, poesía, ensayo, crítica. Publicamos seis números ordinarios al año, más dos antologías. Entre nuestros colaboradores hay escritores consolidados, de fama internacional, y también nuevos talentos. Siempre nos gusta ver el modo en que los artistas abren nuevos caminos —ya sea en el fondo, ya en la forma—, pero nuestro único criterio de publicación es la máxima calidad. En el acerbo clima actual de las letras norteamericanas, con, por una parte, sus estallidos emocionales desenfrenados (restos del llamado movimiento Beat), y, por otra parte, sus montones amorfos de jerigonza seudomodernista, *Soap* se tiene marcado un rumbo intermedio. No publicamos material devoto, ni versos para tarjetas postales de felicitación, ni nada que nos llegue bordado en paño. Bienvenida será la sátira, pero, en lo tocante a los ataques personales, nuestra norma es asepsia. Se tolera la grosería, siempre que no se aplique a nadie que aún siga con vida. La originalidad es condición *sine qua non*. Los personajes no deben llamarse K ni X. Los manifiestos deben proponer posturas inauditas. No publicamos obras en ningún idioma que no sea el inglés. Se aceptan frases sueltas en lenguas extranjeras, repartidas por el texto; pero el exceso conducirá al rechazo del material enviado, porque lo consideraremos una porquería con ínfulas. Todos los envíos deben venir mecanografiados a doble espacio. Las obras multipágina deben venir numeradas. Los autores de las obras que publiquemos recibirán como pago dos ejemplares de la revista y un descuento del veinte por ciento en los sucesivos que quieran comprar del mismo número. Es aconsejable el respeto de las dos

normas elementales de la publicación no problemática. Norma elemental número 1: no SE LE OCURRA ENVIAR EL ÚNICO EJEMPLAR QUE TENGA DE UN TEXTO. NORMA ELEMENTAL NÚMERO 2: ADJUNTE UN SOBRE FRANQUEADO Y DIRIGIDO A USTED, PARA QUE PODAMOS DEVOLVERLE EL ORIGINAL. El incumplimiento simultáneo de ambas normas será castigado con la total destrucción de la obra recibida.

* * *

Apreciada señora Lessep:

Muchas gracias por permitirnos leer de nuevo «Los zapatitos de muérdago». Tras detenido análisis, hemos llegado a la conclusión de que la mencionada obra sigue sin responder a nuestras expectativas. Lamento que la frase «en este momento no responde a nuestras expectativas» la haya llevado a usted a creer que debía presentarla de nuevo. En el mundo editorial, «en este momento» quiere decir «nunca».

A. Whittaker,
Director de Soap

* * *

Apreciado señor Carmichael:

Los viejos, como seguramente sabe usted, pueden ser muy difíciles, pero ello no nos exime del deber de tratarlos con respeto, porque no dejan de ser personas. Y, por supuesto, a usted y a mí nos gustará que nos traten con amabilidad, cuando seamos viejos, como alguna vez seremos, incluso en el supuesto de que nos convirtamos en el típico anciano que se pasa el día quejándose. Nos dejamos llevar por la humana tendencia a echarles siempre la culpa a los que protestan, sólo porque nos dan la lata, sin entrar más a fondo en la cuestión. Digo todo esto para explicarme a mí mismo por qué no se ha puesto remedio a la situación, a pesar de que mi madre, al parecer, ha discutido personalmente con usted, en más de

una ocasión, sus problemas con la asistente Elaine Robinson. No está bien que así sea. Pero en vez de añadirme a la lista de los que molestan con sus quejas, he pensado que lo mejor será exponer los hechos y que sea usted mismo quien los juzgue.

Elaine entró a trabajar en la Old Ivy Glen poco después de las Navidades del año pasado, sustituyendo a Dotty. Mi madre, al principio, agradeció el cambio, porque Dotty se había pasado gran parte de sus turnos parlotando de cosas que no pueden interesarle ni siquiera a una pobre vieja atada a la cama y más sola que la una. Lo cual trajo como consecuencia que mi madre pasara buena parte de su primer año en la Old Ivy Glen haciéndose la dormida. Y entra Elaine Robinson: pechugona y alborozada, con ese aspecto de tomarse la vida a la ligera que tan refrescante nos parece en algunas personas de su raza. Mi madre procede de una antigua y eminente familia sureña y siempre se ha sentido muy cerca de los negros de todo tipo, de manera que Elaine y ella, al principio, parecieron encajar a las mil maravillas. Recuerdo con toda claridad el día en que iba por el pasillo, hacia el cuarto de mi madre, en ocasión de una de mis visitas mensuales, y las oí charlar efusivamente, con la risa campechana de Elaine fluyendo por debajo de los trinos y los grititos de mamá, como un río despacioso, digámoslo así, borbollando bajo un torrente de montaña. El corazón me dio un brinco en el pecho, y exhalé un callado «gracias» dirigido a la Old Ivy Glen.

Pero mi alegría, ay, como tantas veces ocurre con las cosas buenas, fue prematura. Aquellos brotes iniciales de amistad, si existieron, estaban abocados a marchitarse en abril, cuando a mamá empezó a írsele la cabeza, que se le instaló, metafóricamente hablando, en un pasado ficticio, y dio en creerse una muchachita de Georgia en tiempos de la esclavitud, y que la Old Ivy Glen era su querido Oakwood restaurado en todo su esplendor de antaño, y que *Winston*, su viejo perro labrador, volvía a ser un cachorro, y que Elaine era su amada Feena, la fiel criada que había contribuido a su educación en otros tiempos peores y más tristes, cuando la familia apenas si alcanzaba a pagar la factura de la luz, y mucho menos a Feena, que se contentaba con que le dieran una pequeña habitación y un poco de pan de maíz.

Cabría haber esperado que una enfermera profesional como Elaine redoblara su celo en momentos así, que hallara placer en unirse a la anciana en sus inofensivos viajes por el tiempo, que le gustara desempeñar un papel en estas fantasías verdaderamente encantadoras sobre los «tiempos que se fueron para siempre». Pero no: recuerdo con toda lucidez el momento en que me di cuenta de que la corriente de simpatía en que al principio me había regocijado estaba alcanzando un nivel peligrosamente bajo. Me hallaba en compañía de mi madre, en su habitación, sin hablar, compartiendo unos pocos minutos de comunicación sin palabras, cuando Elaine y otra chica morena vinieron a cambiar las sábanas, riéndose a carcajadas y hablando a voces de Dios sabe qué. Esta súbita interrupción dio lugar a que mi madre abriera los ojos y, al ver a esas dos mujeres a los pies de su cama, borrosamente, porque no tenía las gafas puestas, observara que «vaya montón de Feenas que hay por aquí». Me pareció muy divertido. Pero inmediatamente me di cuenta de que la señora Robinson iba a hacer que la hipersensibilidad le estropeará el chiste. Me temo que yo también contribuí a empeorar las cosas, porque seguí riéndome, a pesar de la cara de pocos amigos que me puso.

A partir de aquel día empecé a recibir noticia de que Elaine está «vengándose» de mi madre, sometiéndola a toda una variedad de irritantes torturas. Comprendo que en algunos casos las quejas de mi madre son puras y simples exageraciones. Nadie puede creerse que Elaine haya soltado cientos de ratas en la habitación de mi madre. Suponiendo que lo hubiera hecho, ¿cómo habría logrado hacerlas desaparecer a la mañana siguiente? Con todo, me parece que nunca se es lo suficientemente cuidadoso con nuestros frágiles ancianos. Aún no llego al extremo de solicitar que despidan ustedes a la señora Robinson. Lo único que le pido a usted es que permanezca ojo avizor y que no se le escape una.

Con preocupación filial,
A. Whittaker

* * *

Querida Vikki:

He leído tu último lote, y ojalá pudiera imprimir los ocho. Dado que no es posible, quiero utilizar «Sally dándole a la bomba», «Calipso» y «Agujas y alfileres». El correo trae muchísimas cosas estupendas, últimamente, cosas que no puedo devolver. Resulta, pues, que la revista anda muy sobrada de material y no podré meter lo tuyo antes del verano, como pronto. Créeme que lo siento y que no me molestará nada que trates de publicarlo en algún otro sitio. Exceso de material y escasez de fondos: así está la cosa, en pocas palabras. El resultado de la última petición de ayuda que hice por correo fue francamente desalentador. Ya sé que a estas alturas todo el mundo está harto de mis solicitudes, y ello me lleva a agradecer todavía más tu actitud, junto con la de un puñado de leales, como Chumley y unos cuantos más, que se mantienen a mi lado desde hace años. Me ha costado tanta sangre, sudor y lágrimas esta revista, que cuando la veo en serios apuros me pongo frenético. Ahora que os habéis marchado ambos, y Jolie también, estoy aquí más solo que nunca. El hecho es que a veces me encuentro indeciblemente solo. Ha empeorado muchísimo mi relación con Fran y el enjambre de lameculos de *The Art News*. Ya ni siquiera disimulamos. Cuando me cruzo con alguno de ellos por la calle, él o ella (siempre es ella) me aparta la vista. Me encanta el modo en que se les ladea la coleta cuando vuelven la cabeza para no verme. Cada vez que lo hacen les lanzo una pedorreta. A veces me responden meneando las caderas de un modo exagerado al andar, un gesto femenino que, debo confesarlo, nunca he comprendido. ¿Tú sí? Sería, todo ello, digno de risa, si no resultara tan indignante. Y, por supuesto, además de no invitarme a sus fiestas, por lo cual doy gracias a Dios, están haciendo todo lo posible por impedir que mi proyecto del simposio llegue a levantar el vuelo. Sé de buena fuente que Fran, en una reunión del Comité de Concesión de Ayudas a las Artes, lo llamó «esa aberración que se le ha ocurrido a Andy»: está empeñada en que no me concedan ni un solo centavo. La semana pasada, el *Rapid Falls Current* publicó un artículo de actualidad local. Ni siquiera se molestaron en ponerse en contacto conmigo. Me gustaría olvidarme de todo esto durante un par de semanas, para poder coger el coche e ir a haceros una visita. Pero

con la falta de dinero y los miles de cosas que tengo que hacer aquí, no puedo ni pensar en escabullirme. Tengo cuarenta y tres años. No debería estar haciendo esto. Dale a Chumley un puñetazo en los morros de mi parte, y dile que me mande fotos de lo que está haciendo.

Os echo de menos,
Andy

* * *

Apreciado señor Freewinder:

Sí, recibí su carta anterior, y sepa usted que estamos tomando enérgicas medidas, que yo personalmente las estoy tomando. De hecho, ahora, mientras escribo, están pasando cosas. Puede no resultar evidente, porque están pasando entre bastidores, por así decirlo, y en pequeños incrementos, poquito a poco, pero de modo acumulativo. Es verdad que la Compañía Whittaker se encuentra en un atolladero. El origen del problema está en una larga sucesión de inquilinos de baja estofa, y no —como usted afirma— en mi despreocupado modo de llevar el negocio. Estoy empeñándome con toda energía en la tarea de desembarazarme de los inquilinos de baja estofa y conseguirlos mejores. Como bien puede usted figurarse, ello resulta bastante difícil, porque los de baja estofa siguen ahí, sentados en la escalinata delantera, en camiseta. Llevará su tiempo. Estamos aprovechando todas las oportunidades para mejorar. Si puede usted convencer a la American Midlands de que nos permita suspender la devolución del préstamo durante unos pocos meses, todos ustedes quedarán gratamente sorprendidos.

Atentamente,
Andrew Whittaker
The Whittaker Company

* * *

Apreciado señor Goodall:

Muchas gracias por habernos brindado la oportunidad de leer su poemario *Blandiendo el azadón*. Tras detenido estudio, no hemos tenido más remedio que llegar a la conclusión de que en este momento no encaja en nuestros intereses.

Andrew Whittaker, Director

* * *

Si pudiera verme a mí mismo con claridad, por un momento. Aunque fuese en el espejo. Un día en él contemplo a un hombre imponente, de considerable dignidad. El tipo debería llevar un sombrero de fieltro, de color gris, pero no lo tengo, y no puedo dárselo. De todas formas, tampoco iba a estar con el sombrero puesto bajo techo, salvo si fuera policía. Si fuera policía, sería una especie de detective, de homicidios, probablemente. Me encanta el modo que tiene de encogerse de hombros. Dicen de él: «Nos encanta su modo de encogerse de hombros, con esa lentitud.» Este encogimiento de hombros es una perfecta mezcla de confianza y desprecio, con un pellizquito de desesperación. Pero no es de la clase de hombres que dirían «un pellizquito de desesperación». Diría quizá «pellizquito», y también «desesperación», pero no juntos, desde luego. ¿Y cómo se expresaría si fuera cosa de añadir un poco de algo a algo? No cocinaría, de manera que no podría ser sal, pero si lo hiciera diría «pizca».

Y otras veces veo a un hombre distinto, no imponente, sino ponderoso, hinchado. Añadamos que está *menguando*. Percibo el modo en que las mejillas se le desinflan. No parece poseer una forma definitiva, o será que su forma tiene los bordes borrosos. No es muy mañoso con las manos, de eso estoy seguro. Siempre está echando a perder cosas, como medallones que le piden que arregle. Rompe la delicada cadena de oro, y el medallón queda suelto y se cae y va a perderse en un conducto de ventilación. El medallón contenía la única imagen de su abuela que aquella mujer poseía. Su profesor de piano decía que tenía los dedos como salchichas. Éste tampoco tiene sombrero, aunque debería llevarlo, porque se está

quedando calvo; a la luz fluorescente de la habitación del espejo su cuero cabelludo es gris y escamoso. En el caso del primer hombre, le vienen a uno a la mente palabras como «adamantino» y «acerado». En el caso del segundo, las palabras son «pringoso» o quizá «acuoso» y «amorfo». A uno le «sobresale» la mandíbula, al otro le «cuelga». Un hombre sin cualidades. Recuerdo a Jolie diciendo que nunca se casaría con un hombre tan *ambiguo* como yo.

* * *

Apreciado Dahlberg:

Sólo unas líneas, para comunicarle que el cartero robador de textos de quien temía que se hubiera quedado con su manuscrito se lo ha pensado mejor. Llegó esta tarde, baqueteado, pero intacto; no esperaba algo tan *enorme*. Quizá tengamos que repartirlo en varios números. Ahora no puedo mirarlo, porque tengo que salir. Sólo quería que supiese que está en mis manos y que ardo en deseos de leerlo.

Andy

* * *

DEPOSITEN TODA LA BASURA EN LOS CONTENEDORES METÁLICOS SITUADOS EN LA PARTE TRASERA DEL EDIFICIO

* * *

Apreciado señor Stumphill:

Muchas gracias por habernos brindado la oportunidad de leer su obra. El relato tiene sus buenos momentos, pero es, con mucho, demasiado largo, no sólo para nuestra revista, sino también para los lectores no duchos en apicultura. Las abejas tienen muchísima personalidad, pero hay demasiadas, y sus nombres crean confusión.

El homicidio, aunque horripilante, no resulta creíble, porque ¿cómo pueden las abejas saber cuál de los dos hermanos se ha quedado con la camisa? Bob Curry vive cerca de usted. Si coincide con él, transmítale mis saludos.

Atentamente,
A. Whittaker, Director

* * *

Señores:

Esta mañana, al despertarme, he descubierto que mi teléfono ya no me hace al oído su simpática señal de línea disponible. No emite ningún ruido, y eso es muy malo. Soy consciente del dinero que les debo a ustedes, no discuto la legitimidad de su postura. Siempre que me ha sido posible les he enviado sumas pequeñas, sí, pero no mera calderilla. He demostrado mi buena fe. Tengo un negocio que sostener. A ustedes quizá no les parezca tal cosa, pero sí que es un negocio, para mí. Si no viene en las páginas amarillas es porque no puedo permitirme el lujo de anunciarme en las páginas amarillas. Tendría que haberseles ocurrido a ustedes solos. Como ya le expliqué personalmente a la señora Slippert, si me cortan el teléfono seguramente NUNCA podré pagarles. Era una apelación a su propio interés, y el hecho de que no haya tenido efecto dice bastante poco a su favor. Así que ahora apelo a sus buenos sentimientos. Me postro de hinojos ante ustedes. Mi orgullo resulta lastimado. por FAVOR, vuelvan a conectarme el servicio. Dentro de seis meses saldaré toda mi deuda. Tienen ustedes mi palabra de honor.

Muy atentamente,
Andrew W. Whittaker

* * *

NO TIREN COLILLAS EN LAS MACETAS

* * *

Apreciada Fern Moss:

Tras detenido análisis, la dirección de *Soap* ha llegado a la conclusión de que sus poemas no nos encajan bien en este momento. Sin embargo, no me siento cómodo devolviéndoselos sin otra compañía que la nota de rechazo. Normalmente, procuramos que estas notas sean tan cortas e inofensivas como resulte posible: todos fuimos escritores jóvenes y sabemos por experiencia propia qué profundas heridas pueden causar estas notas, heridas que a veces permanecen invisibles durante años, pero que de pronto unas cuantas copas hacen estallar en el transcurso de algún cóctel de presentación de una obra ajena. Su obra tiene una atrevida frescura que no me gustaría dejar aplastada por algún acto desconsiderado en que incurramos.

Quiero decirle, ya de entrada, que me sorprende bastante que el señor Crawford le haya recomendado a usted que se dirija a una revista como *Soap*; ello atestigua lo mucho que valora sus esfuerzos. ¿Me equivoco al suponer que usted no ha tenido nunca en las manos un ejemplar de nuestra publicación? Con franqueza, me temo que casi todo lo que publicamos le parecería bastante deprimente, cuando no lisa y llanamente desconcertante. Habrá cosas que incluso le parezcan ofensivas. Esto, claro, por lamentable que pueda parecer, no tiene arreglo.

Dicho lo cual, me parece que su serie «Autorretrato en cinco» es una obra excepcional para una persona tan joven. El señor Crawford está en lo cierto al afirmar que tiene «chispa», y en darle todos los sobresalientes que se le antoje darle. Sus poemas no son de los que *Soap* publica normalmente, pero poseen auténtica energía poética y verdadero encanto. Creo que los que hablan de caballos tendrían posibilidades de ser bien acogidos en revistas como *Corral* o *American Pony*. Mi dentista las tiene en su sala de espera y he podido observar que ambas publican regularmente poesía de tema ecuestre, casi siempre inferior a la suya. Y no hay nada malo en empezar por abajo. Una vez que se haga una

reputación en estas revistas, podrá seguir adelante. Así es como lo hemos hecho todos.

Soy plenamente consciente de lo doloroso que resulta ver rechazada una obra. Duele más la primera vez, cuando aún no hemos desarrollado el necesario caparazón de cinismo. Por esta razón, debo insistir en que su obra me parece poseer un auténtico potencial. Lamento mucho que no podamos utilizar su texto en esta ocasión. Ni que decir tiene que someteremos a consideración cualquier otra cosa que nos presente en el futuro, aunque me atrevo a recomendarle que se familiarice usted con el material que publicamos en *Soap*, antes de enviar nada nuevo.

Con mis mejores deseos,
A. Whittaker, Director de *Soap*

* * *

Egan Phillips permaneció en el porche delantero, contemplando las túrgidas aguas del lago Michigan. El jersey que llevaba puesto, de color amarillo, recortando su figura contra el gris ambiental, hizo que se fijara en él una ciclista que pasaba por allí todos los días, junto a la casa, cuando iba a llevar la leche a una anciana. De hecho, esta mujer llevaba pasando por allí en bicicleta, de vez en cuando, desde que era niña, cuando también pasaba en tractor, con su padre, que la dejaba llevar la máquina cuando pensaba que la madre no se enteraría. Era un secreto entre ellos dos, padre e hija. La mujer se sorprendió al ver que había alguien en el porche, porque aquella casa se encontraba prácticamente en ruinas. Algo en aquella figura del jersey amarillo, algo oscuro, la llevó a apartar los pies de los pedales y, arrastrándolos por la gravilla del camino, hacer que la bicicleta se detuviera delante de la casa, aunque al otro lado de la calle, para no correr riesgos, porque no sabía cuáles podían ser las intenciones de aquella figura. El hombre del porche observó el modo en que la mujer frenaba, arrastrando los pies por la gravilla, y se acordó de algo ocurrido hacía mucho tiempo. El viento agitaba amarillos mechones de pelo rubio sobre la cara de la mujer.

Ahora, esta muchacha, recortándose contra el grávido pecho del tímido lago, gritaba algo en dirección a él.

* * *

A TODOS LOS INQUILINOS:

Según el tenor de los contratos que tienen ustedes firmados, el alquiler debe pagarse el primer día laborable de cada mes. Entiéndase que el pago debe realizarse *en mi oficina* en dicho día. Que esté en algún punto de la red postal no cuenta. A partir del 1 de agosto, se añadirá una sobrecarga de dos dólares (2,00\$) al alquiler de los meses siguientes por *cada día* de retraso en el pago.

La Gerencia

* * *

Querido Willy:

Por más que los cuento con los dedos, no me puedo creer que hayan pasado once años. Prometimos que nos mantendríamos en contacto, y mira tú... Supongo que incluso allí, en California, te enteras de vez en cuando de lo que hacemos por aquí, cosas que interesarían a las gentes de tu zona, si logran superar ciertas miopías regionales que las caracterizan. Pero eso ya lo sabes, claro. Me precipito a comprar tus libros tan pronto como aparecen. Bueno, «precipitarme a comprar» no es seguramente el modo de expresarlo, porque tampoco puede afirmarse que «aparezcan» por aquí: tengo que encargarlos a Nueva York, lo cual hago en el momento mismo en que me entero de que ha salido uno nuevo, con meses de retraso, en ocasiones. Y de vez en cuando pesco una reseña de alguno de ellos, en alguna publicación menor. Yo mismo escribí un ensayito muy positivo sobre tu tercera novela para *The Glass Stopper* —una revistita muy interesante, mientras duró—. Desgraciadamente, el chico que la sacaba se suicidó antes de que saliera el número en que venía mi artículo. Se tiró desde el techo de un aparcamiento, delante de un autobús. De no ser por eso, te lo

habría hecho llegar. En el mencionado ensayo argumentaba yo que *El vals del Cadillac*, *Traseros* y, sobre todo, *Raga ping-pong del ascensor* están a la altura de lo mejor de Simon Kershmeyer. Quizá sea capaz de localizar un ejemplar, si te interesa. Cada vez que veo una mención favorable de tu obra experimento una subida de cálido placer asistiendo al éxito de un viejo colega; placer que se mezcla, lo confieso, con una pequeña medida de satisfacción personal. Y ¿por qué no? Era yo, al fin y al cabo, quien lideraba a nuestra pequeña banda en aquellos experimentos que tú, más que ningún otro, puliste luego hasta la perfección. Me considero la chispa que provocó el incendio. Por lo mismo, me sacó de mis casillas la denigración de tu última novela en el *New York Times*, el *New Yorker*, *Harpers*, etcétera, sobre todo teniendo en cuenta la deferencia con que toda esa gente trata al payaso de Marcus Miller, de quien —cosa rara— recibí una tarjeta la semana pasada. Me alegra confirmar que sigue como siempre: pagado de sí mismo, afable y lampando por ser el Número Uno.

Pero espérate. No te escribo para intercambiar viejos cotilleos. Tengo un amigo en apuros, un amigo muy especial, todo él palabras sobre papel. Me refiero, claro, a nuestro buen *Soap*. No puedo concebir que no te hayas tropezado con mi revista por allí, aunque quizá no hayas captado la íntima relación conmigo. No me dedico a blasonar mi nombre en la cubierta. Tenemos un par de puntos de venta en tu zona, y no resulta difícil que hayas tenido algún ejemplar en las manos, pero, por si acaso, te adjunto el último número. Me temo que resulta algo difícil de leer, porque lleva unas cuantas páginas impresas en orden incorrecto. Puede resultar más fácil quitándole antes las grapas. También olvidaron numerar las páginas, pero ya lo he hecho yo a lápiz. Soy uno de los fundadores de la revista (el otro fue mi ex mujer, Jolie), y llevo siete años dirigiéndola en solitario. Nadie que haya visto los números más recientes —de lo mejor que hemos hecho— podría maliciarse la dolorosa verdad: que la revista quizá no esté aún en las últimas, pero desde luego va tambaleándose al borde del abismo. Si no llega pronto una transfusión de dinero auténtico, sin duda alguna caerá. (Pero no te preocupes, no es ésa la clase de ayuda que espero de ti.) La defunción de *Soap* no constituiría un gran acontecimiento más que

para mí y unos pocos centenares de fieles suscriptores y colaboradores, si no fuera por el hecho de que no hay *absolutamente nada* que pueda ocupar su lugar. Figúrate: una región del tamaño de Francia y ni un solo sitio en que puedan publicarse lo mejor que producen los escritores de por aquí. Llevo estos siete años —desde el primer número de tres páginas mimeografiadas— luchando con una ferocidad digna de Ezra Pound por situar al alcance del público las obras del calibre adecuado, y lo he hecho no sólo sin el *apoyo* de las supuestas figuras locales, sino teniendo que superar su activa *oposición*. (Digo oposición, y no sabotaje, porque no tengo pruebas materiales.) Sin la voz de *Soap* —por chillona que pueda resultarles a algunos—, la región entera habría de definirse por el populismo vulgar de obras como *Luz de la luna y oscuridad de la luna*, de Sokal, deprimentísimo ejemplo de lo que aquí se considera válido hoy en día. Pero, claro, tú te criaste aquí, y todo esto lo sabes perfectamente. Y sin embargo seguimos adelante, tú y yo. Y, para mí, dejando aparte la lenta y laboriosa construcción de mi propia obra —ahora estoy trabajando en una cosa rara que, supongo, al final tendrá que llamarse novela—, seguir adelante es mantener *Soap* a flote.

A fuerza de estrujarme la sesera, se me ha ocurrido una idea para el próximo mes de abril, o mayo, que, me parece, podría dar los resultados apetecidos, generando los fondos necesarios y, al mismo tiempo, poniéndonos en el mapa de la opinión pública. *Soap* organizará un fin de semana de simposios, conferencias, talleres y lecturas. La idea es coger obras literarias de verdadera vanguardia y, bajo el eslogan de «Cuanto más lejos, más divertido», arrojarlas como guantes a la cara de la atónita concurrencia. En esta misma línea, estoy pensando invitar a artistas callejeros que intervengan durante las pausas, y quizá también a la hora de comer, aunque no sé si esto último te parecerá algo exagerado. No queremos nada que acalle las discusiones, que serán, estoy seguro, animadas y contenciosas, así que a lo mejor nos limitamos a tragafuegos, malabaristas, y demás, sin músicos, o sólo con unos pocos que apenas se oigan, arpistas, por ejemplo, situados en un rincón. Estoy dándole vueltas a ver si se me ocurre un nombre para el evento. ¿Qué te parece «Conferencia Nacional de Palabras en Llamas»?

¿Demasiado obvio? Y ¿te gustaría más «Festival» que «Conferencia»? En esto no acabo de decidirme. Quiero sugerir un espíritu de celebración, pero tampoco quiero que suene a juerga. Llevo hablando de esto, aquí, un par de meses, y la respuesta está siendo tremenda. A no ser que prolonguemos los actos hasta altas horas de la madrugada, difícilmente tendremos tiempo de programar todo lo que la gente sugiere. Existe aquí un ansia *enorme* de cosas como ésta. Sigue habiendo una pregunta en el aire, sin embargo, a saber: el nombre de la persona que pronunciará la Conferencia de Premios. Esta conferencia, junto con la cena y el baile subsiguientes, va a ser la mejor jugada del partido. El Gran Hotel del centro acaba de restaurar el espléndido Salón Hoover de toda la vida, y me dicen que hay bandas locales bastante buenas (yo, la verdad, apenas si escucho música). Tengo montones de sugerencias improcedentes en lo tocante a quién debe presidir, y a todas ellas he respondido con una leve inclinación de cabeza, sin comprometerme. Y ello porque es a ti a quien tengo en mente desde el principio, pero no he querido comentarlo con nadie, no sea que vayas a estar ocupado esa semana. No puedo pagarte por adelantado, pero prometo que te reembolsaré los gastos más un modesto estipendio, después del evento. Tu presencia cerrará el festival con una nota de innegable desafío. Ni que decir tiene que los llamados animadores y agitadores culturales de la localidad preferirían algún viejo percherón como Norman Mailer o, peor todavía, esa tormenta en un vaso de agua, ese saltimbanqui llamado Quiller. Recuerdo cuando decías que la lista de más vendidos del *New York Times* era el «pasquín del oprobio», y no se me ha olvidado que, ante las risas y los gritos de los demás, todos los domingos te encaramabas a una mesa, en la cafetería, y nos la leías a voz en cuello, pronunciando los títulos con un falso acento de Oxford de lo más arrastrado, con lo cual lograbas que todos nos desternillásemos de risa. Hacías que los libros sonaran perfectamente ridículos. Dudo, pues, que hayas leído el último engendro de Quiller, *La vida secreta de los ecos*. Considerando las conocidas proclividades literarias del acusado, no te sorprenderá saber que es otro fárrago de porno blando y lucubraciones filosóficas. Primero echan el polvo y luego se ponen a hablar del

Significado de la Historia. Llega incluso a sacar al fantasma de Errol Flynn, dándole consejos vestimentarios a una pobre sabandija obrera que, por guapo y por listo, ha conseguido un puesto de trabajo en Goldman Sachs. En el despacho de mampara contiguo al suyo reside Neenah, la de las piernas largas y las grandes tetas y las «húmedas partes pudendas» (sic). ¿Tengo que seguir? Los ejércitos están alineados para la batalla. Fájate los riñones, Willy, y sé de los nuestros en abril.

Con mis mejores deseos,
Andy Whittaker

* * *

Apreciado Dahlberg:

He pasado el último día y medio con su manuscrito. Quería leerlo entero antes de escribirle, pero no puedo seguir. La verdad es que no sé *qué* comentarle, salvo que no es lo que esperaba, es decir algo más en la línea de sus trabajos anteriores. Leer esto, lo nuevo, ha sido como caminar sobre una espesa capa de yeso húmedo. Uno piensa, al terminar una frase interminable, sin verbo ni sujeto en lontananza, y habiendo por fin alcanzado la relativa seguridad de un punto y seguido, uno piensa que no podrá con la próxima frase, que no tendrá suficiente *fuerza de voluntad* para despegar la bota de la masa pegajosa y proyectarla penosamente hacia delante, para volver a hundirla en el paso siguiente; hasta que al final sucede que *de veras* no puede uno más, y se abstiene, y llega el momento de dejar que el conjunto se nos caiga del regazo al suelo.

¿Qué ha sido del muchachito duro que contaba esas historias duras de su vida como dependiente de una ferretería? «Buena suerte en la tienda de oportunidades Smart Value» obtuvo más comentarios favorables que cualquier otra cosa de las que habíamos publicado en años anteriores. Creo que se lo dije. Por supuesto, provocamos los ladridos triviales, como de concurso de televisión, de los muy aburridos palurdos de *The Art News*. Nunca le habría enviado a usted el recorte si me hubiera pasado por la

cabeza que fuera a tomarlo por otra cosa que un chiste con pretensiones. Cuando a éstos *les gusta* algo que escribe uno, Dahl, es cuando hay que empezar a preocuparse. Créame, su descripción de la esposa del propietario cargando sacos de veinte kilos de Quikrete en la trasera de la camioneta era lisa y llanamente *pasmosa*. Eso sí que es escribir. Lo mismo podía usted haber descrito un mecanismo de pistones de acción simple recíproca con pulsador de descarga, o una elevadora mecánica de desplazamiento suave, así de fría era su escritura, así de muerta, y, sin embargo, al mismo tiempo, febril. Poseía la brutal honradez que solemos asociar con los manuales de instrucciones. Que no sea usted exactamente un escritor pulido obraba a su favor: es como habría escrito Hemingway si nunca hubiera ido al instituto. Confieso que me dio envidia su tosca energía, la autenticidad de esa voz, y pensé en lo divertido que tenía que resultar escribir así. Lamentándolo mucho, le devuelvo el manuscrito.

Andy

* * *

Me doy cuenta ahora de que algo raro ha estado pasando. Los objetos comunes y corrientes —las sillas, las mesas, los árboles, mis propias manos— dan la impresión de estar *más cerca* que antes. Los colores tienen más brillos, los perfiles destacan más. Es un proceso que lleva en marcha, *in crescendo*, desde hace varias semanas, sin que yo acabara de ser consciente de ello. Y con él ha llegado una tremenda confianza nueva. Puede que por fin esté superando el abandono de Jolie. Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que seguramente he pasado por una depresión como para internarme. Hasta ahora, a posteriori, no me he percatado con claridad de lo solo que he estado, sin salir casi nunca a comer, ni al cine, ni a ninguna parte, si no contamos los paseos que me daba por el parque, en mi propia compañía. Lo único que hacía era abrir latas en casa. Y lo terrible, transcurrido un tiempo, quizá un par de meses, fue que me dio por comer directamente de las latas, de pie, en la cocina, una cucharada tras otra, para luego dejar el recipiente

vacío en la encimera. Ahora tengo hormigas, millones de hormigas. Este tipo de comportamiento se alimenta de sí mismo. Y, *por supuesto*, no era buena compañía, era una *malísima* compañía, ahora lo veo. De manera que la gente lo intentaba un par de veces, sin mucho entusiasmo, y luego dejaba de invitarme, para no verme ahí sentado, bajo mi nubarrón de lobreguez. La idea era, supongo, que me fuera al diablo si no los entretenía. Empezaron a ocurrírseme ideas que, me doy cuenta ahora, venían a ser delirios paranoicos. Llegué a la conclusión de que a nuestros supuestos mejores amigos, los Willingham y los Pretzky, yo *nunca* les había caído bien, que a quien les apetecía invitar era a Jolie, y que yo no estaba ahí más que en calidad de desafortunado apéndice, un familiar viejo y extraordinariamente poco atractivo que mi pobre mujer tenía que llevar a rastras todo el rato. Me gustaría saber qué dirían ahora, si viesen las hormigas. Por otra parte, ¿cuál fue mi comportamiento en las pocas veces que me invitaron los Pretzky? Me quedaba quieto delante de mi plato, revolviendo la comida. Canturreaba algo, creo. Me *oía* canturrear, sentado a un extremo de la mesa, indefinidamente, pero no conseguía parar, detenerme, se me escapaban las palabras, casi sin inflexión, una retahíla sin gracia alguna. Recuerdo que una vez levanté los ojos del plato y pillé a Karen lanzándole una mirada muy significativa a John, que tampoco levantaba los ojos de su plato. Significativa, sí, *pero yo no alcanzaba a entender su significado*. ¡Cuánto los odié luego, ya otra vez en casa! Los odié por hacerme parecer un tonto arrogante, o, peor aún, un tío aburridísimo. Ahora me noto una nueva capacidad para escribir, me fluyen las frases, una detrás de la otra. Siento que los libros se me amontonan dentro. Sólo tengo que abrirlos, que abrirme, e ir leyendo las palabras.

* * *

Mi querida Jolie:

Durante una temporada, la desesperación me crece como los hongos y se expande por doquier; a la temporada siguiente, la dicha resplandece como una hilera de botones recién pulidos (los días,

unos detrás de otros, quiero decir). ¿Te acuerdas, cuando al final murió papá y los edificios fueron nuestros, cómo pensábamos que ya teníamos la vida resuelta? íbamos a ser igualitos que Leonard y Virginia Woolf, sólo que al revés: tú te ocuparías de la imprenta y yo, en el piso de arriba, iría despachando las novelas. Para morirse de risa, ¿verdad? O quizá fueran Sartre y Simone. Nos veo ahora, pasado el tiempo, me veo a mí mismo con mis fantasías y con toda la carga de mis esfuerzos frustrados, y tuerzo el gesto.

Claro está que me alegré muchísimo al saber que el viernes pasado, al volver de clase, te encontraste al «querido Marcus Quiller» esperando a la puerta de tu casa. ¡Tantos años después! ¡Y con un aspecto muy juvenil! Debí suponer, cuando cometí el error de decirle que te habías trasladado a Brooklyn, que te seguiría la pista, o se te echaría encima, según se mire la cosa o se le mire a él. No da puntada sin hilo, el joven Marcus. Yo, evidentemente, no tengo un aspecto juvenil. Me miro en el espejo y me veo estragado, con una pinta horrible. La *mayor parte* de mi tiempo se va en las actividades más espantosas, más letales para la mente y para el espíritu, más difíciles de sobrellevar que puedas imaginarte. Pero, claro, *no puedes* imaginártelo, porque es *mucho peor* que cuando estabas tú. Pero no escribo para lamentarme. De hecho, la verdad es que me va bastante bien, a pesar de los pesares. Mis proyectos navegan viento en popa. Pero estoy en un grave apuro económico, y vas a tener que apañártelas por tu cuenta hasta que consiga recuperarme. Estoy en negociaciones con el banco. Me siento fuerte y confiado.

Andy

* * *

Querida Anita:

Ayer recogí de la acera un pajarito pardo caído de su nido — bocaza de payaso y unas alitas gordezuelas, como pequeñas aletas —. Mientras lo acunaba en el hueco de la mano, no pude menos que pensar en la inconsciente crueldad de la naturaleza y lo difícil que les resulta sobrevivir a quienes se ven prematuramente

expulsados del nido, que han de luchar contra las congojas de la soledad y, al mismo tiempo, procurarse el alimento. Como aquel pajarito, me sentí en ese momento desamparado y desnudo frente al mundo, cuya falta de criterio en el reparto de la fortuna resulta muy difícil de entender. Y luego —así funciona el pensamiento, incontrolable, pero relacionado—, hube de pensar en ti y en nuestros dos días en Rochester. (¿Fueron sólo dos? Fue una eternidad, fue un instante, o ambos a la vez. Lo expresé en un poema: «Cómo nos contorsionan las artimañas del tiempo», o quizá «las agarradas del tiempo». No recuerdo bien.) Con la mente ocupada en tales pensamientos, volví rápidamente a casa y me puse a escribirte.

Sentado ante mi mesa de trabajo, miro por la ventana el lugar que antaño ocupaba —y ya no ocupa— un olmo poderoso. Fue, como suele decirse, ayer por la mañana. Como nos pasó a nosotros, como ocurrió con nuestra relación, lo cortaron a la altura de las rodillas.

Me quedo mirando, pensativo, y dejo que vaya desenrollándose la bobina del tiempo, mientras revivo en la memoria, fotograma por fotograma, nuestros dos días de pasión en aquel arrugado nido de sábanas y almohadas húmedas. Dos días de fábula... ¿Y luego? Y luego yo regresé a lo mío, y tú a lo tuyo. Pero ¿por qué?

Me gustaría saber, Anita, si tú también te haces esa pregunta alguna vez. ¿Fue sencillamente que nos sentíamos obligados por una promesa que imprudentemente habíamos hecho a otras personas? Eso quisimos creer, ya lo sé. Recuerdo que en el aeropuerto, aquel domingo por la tarde, mientras esperábamos la salida de nuestros aviones separados, hablamos de la «pobre Jolie» y del «pobre Rick». Teníamos la sensación de estarnos sacrificando, nos sentíamos nobles, nos dábamos pena. Luego, nuestros labios se tocaron por última vez, sólo un momento, sin arte, porque estábamos en el paso hacia la sala de embarque y la gente nos sacudía y nos empujaba. Una vez en la pista, sólo volví la mirada una vez. Vi una hilera de rostros que observaban desde la terminal, narices y labios grotescamente aplastados contra el cristal. ¿Cuál era el tuyo? No pude identificarlo, de manera que me puse a lanzar besos a todos ellos, uno detrás del otro.

Qué distinto parece todo, ahora, pasado el tiempo. No aprecio mucha nobleza, y sí un montón de cobardías. Nos apartamos de un torrente que —si a él hubiéramos incorporado nuestra pequeña barca— nos habría llevado quién sabe adónde... A un remolino, quizá, ¡pero también, quizá, a una isla pequeña con un cocotero en medio! Fue al contrario: ¡elegimos seguir chapoteando en nuestros tranquilos estanques hogareños, aun sabiendo, en el fondo de nuestros corazones, que aquellos estanques se estaban convirtiendo rápidamente en fétidas charcas! No tardaría yo en descubrirlo, de un modo crudelísimo, y ahora acabo de enterarme, por Stephanie M., de que a ti no te ha ido mejor. Nosotros los tuvimos en cuenta *a ellos*, pero ¿nos tuvieron ellos alguna vez en cuenta, *a nosotros*? Por si te sirve de consuelo, te diré que Rick siempre me pareció un perfecto gilipollas, como se lo parece a todo el que lo conoce.

Anita: ha pasado tanta agua bajo tantos puentes... Me temo que la felicidad ya no esté a nuestro alcance. Ocho turbulentos años, y la imagen que de ti tengo en la mente sigue tan fresca como recién acuñada. Te estoy viendo. Viéndote estoy ahora, tal como eras en nuestra última noche juntos, sentada al borde de la cama en aquel sórdido hotel de las afueras de Rochester, hecho de hormigón. Por la ventana entra la luz de un letrero fluorescente, haciendo que la habitación oscile entre el amarillo estridente y el verde no menos estridente. Estás con la cabeza agachada, el pecho desnudo, el pelo húmedo tapándote la cara, y a la luz tornadiza intentas leer un menú grande que tienes en el regazo. Ahora la cámara se aleja y yo entro en cuadro. Estoy apoyado en un aparador, con los codos en un montón de cajas de pizza vacías. Sólo llevo puestos los pantalones, unos J. C. Penney de color marengo, sin camisa ni calcetines. Sobre la moqueta, a mis pies, hay ropa dispersa y latas de cerveza Budweiser: es, como suele decirse, el fin de una historia de amor. Tratamos de elegir entre albóndigas y *pepperoni*. No te das cuenta, por el cabello que te tapa los ojos, pero te estoy mirando fijamente, como para grabar tu imagen en la memoria, mientras tú parloteas de guarniciones. Lo logré con creces, al parecer, porque ahí sigue tu imagen, indeleble y dolorosa: emergiendo de la oscuridad de tu bronceado veraniego, los pechos se te vuelven rojos, se te vuelven

verdes, como semáforos pestañeando en la oscura noche de la memoria.

¿Es de veras demasiado tarde, Anita? Soy consciente de que puedes haber encontrado la felicidad en alguna otra relación —de ti sólo me llegan noticias tardías y añejas—, o quizá estés inmersa en tu trabajo y demasiado ocupada como para acordarte ni por un segundo de una pasión antigua, si eso es lo que soy. Haz pedazos, pues, esta carta, arrójala a la papelera, con los clínex y los envoltorios de caramelos. O no. Presta oídos a tu corazón. Yo *tenía* que escribirte. Me dije que nunca es un error agarrarse al último madero y seguir nadando. Ocurra lo que ocurra, sea cual sea la orilla a que me vea finalmente arrojado, me alegraré de haberte escrito. Es como si el pajarito que acuné en mis manos hubiera desplegado sus pequeñas alas y hubiera echado a volar, a pesar de estar muerto.

Afectuosamente,
Andrew

* * *

¿Qué habrá en mí que me impulsa a quedar como un imbécil? Supongo que, en el fondo, es una forma perversa de vanidad, el gracioso de la clase que monta un espectáculo estúpido para no desaparecer por completo. Pero el caso es que no estoy fingiendo: es perfectamente auténtica la mortificación que experimento en estas situaciones. Escribo una carta, ruborizándome a cada frase, hasta las orejas, y la envío; y cuando estoy volviendo del correo a casa, me sorprendo mascullando: «Así aprenderán.»

* * *

Apreciado capitán Barrows:

Comparto su desconsuelo ante el panorama literario norteamericano. Es muy cierto que, mire uno adonde mire, sólo se ve cinismo y escarnio, que hemos perdido todo contacto con la gran

tradición humanista, fuera ésta lo que fuese. Además, como usted bien dice, casi todo el mundo utiliza una gramática de pacotilla, que nada bueno nos dice de los progenitores y los maestros, fuesen quienes fuesen. No obstante, yo, personalmente, no hay nada que pueda hacer al respecto.

Atentamente,
Andrew Whittaker

* * *

Apreciado señor Kohlblink:

Como ya le he dicho en dos ocasiones, todos los originales deben venir mecanografiados.

* * *

Mi querida Jolie:

Hace sólo unos días que te escribí, creo, y ya hay novedades que contar. Hasta ahora he intentado suavizar las cosas en las cartas, ocultando tras una máscara de valor, como quien dice, la expresión descompuesta que todas las mañanas me mira desde el espejo del cuarto de baño; pero quizá hayas adivinado que últimamente me encuentro entre la espada y la pared, cada vez más arrinconado. A la gente le encantaría que me pusiera boca arriba y me hiciera el muerto, o que me muriera de verdad, en algún caso. Me siento expuesto, cercado por todas partes, vulnerable. Pero, al mismo tiempo, reboso confianza. No voy a aceptar esta postración. Voy a tomar medidas. La primera consistirá en imponerme un régimen draconiano de perfecta parquedad en lo tocante a los gastos personales. Con esto en mente, he suprimido todos los servicios telefónicos. Si últimamente has intentado llamarme, sin conseguirlo, ahí tienes el motivo. El paso siguiente consistirá en marcharme de aquí para instalarme en uno de los hotelitos con cocina que hay en la calle Polk, poniendo esto en alquiler. Para llevarlo a cabo, para mudarme de una casa de ocho habitaciones a

un apartamento de una sola pieza, voy a tener que desembarazarme de un montón de cosas, muchas de las cuales te pertenecen. De manera que si queda aquí algo que aún te interese, tienes que hacer una lista y mandármela de inmediato. En cuanto me dije «Andy, tienes que salir de esta casa», noté que se me quitaba un peso de encima. La expresión da por sentado que el peso estaba en los hombros, pero yo lo sentía más bien como una tremenda presión en la cabeza. He empezado a fumar con el cigarrillo pinchado en un palillo de dientes, para poder consumirlo hasta los propios labios. Supongo que así fumaré menos pitillos diarios, ahorrando un paquete cada cinco días, es decir seis al mes, etcétera. Lo mismo digo de las zanahorias: no hace falta quitarles la cosita verde que tienen al final.

Revolviendo en el sótano, han aparecido un montón de arañas, ya puedes figurarte. Me bajé de la cocina una cuchara de madera y la utilizo para apartar las telarañas. Procuero no hacerles daño a las arañas, y por lo general huyen por patas, indemnes, pero a veces no salen bien las cosas. Si no tuvieran el cuerpo tan blando, si no fueran tan vulnerables. Me resultaría más fácil aplastarlas si tuvieran alguna especie de caparazón. Las arañas, al morir, recogen las patas debajo del cuerpo y se arrugan. De hecho, parecen empequeñecerse, como si se les hubiera escapado el aire. Por eso no quiero matarlas, porque no me gusta nada verlas en ese trance. Y, sin embargo, su picadura a veces puede ser muy dañina, y si las ves ampliadas te das cuenta de la cara tan horrible que tienen.

También en el sótano, entrecruzándose con las arañas, están todas las cosas que nos trajimos de casa de mamá. No comprendo cómo pudimos pensar que *alguna vez* querría recuperarlas. Acumula uno todos estos objetos, tesoros y recuerdos, y las llamadas cosas útiles, y luego llega la generación siguiente y comprueba que es pura morralla. Viéndolos desperdigados por el suelo del sótano, no tengo más remedio que pensar en el paso del tiempo y los senderos de gloria que llevan a la tumba fría, etcétera. Ahí de pie, con la cuchara de madera en una mano y el anuario del *college* de mamá en la otra, la palabra «desperdicios» me retiñía en la cabeza como una campana, tocando a muerto, como se decía

antes sin partirse de risa. Lamento enrollarme de este modo, pero es que aquí lleva tres días lloviendo sin parar.

Entre las cosas de mamá encontré un broche de plata y marfil, que quizá tenga algún valor, y lo primero que pensé fue «tengo que enseñárselo a Jolie». Echo de menos tenerte al lado, para hablar contigo. Echo de menos hasta el modo en que te tapabas los oídos con ambas manos, cuando te parecía que me estaba excediendo en el discurso. Es extraño que los rasgos más irritantes de las personas que amamos se vuelvan simpáticos en ausencia de los causantes, de tales personas. Pienso también en la costumbre que tenía papá de pegar trocitos de papel higiénico en el espejo del cuarto de baño, nunca supe por qué, o la tuya de ponerte a pestañear muy rápidamente cuando yo intentaba explicarte algo.

Tardé dos días en subir todas esas porquerías, juntarlas y ponerlas en el comedor, que a fin de cuentas jamás utilizo: el cortacésped, con su espesa capa pringosa de aceite y tierra; cuatro tipos distintos de pala (para nieve, para tierra, para cenizas y, supongo, para bulbos de flores), todas ellas herrumbrosas; dos baterías de coche con tufos de musgo azul brotándoles de los contactos; dos escaleras, una de ellas con tres peldaños quebrados (¿para qué pensaríamos que podía servirnos un objeto así?); varias sillas rotas; la enorme radio Philco de papá, sin un solo mando; un hacha; una piocha; una azada; neumáticos para nieve (pinchados); contraventanas (dos de ellas rajadas); una bolsa de bayeta con todos los viejos zapatos de cuero de papá, tiesos como palos; un caballete de pintor, grande y caro (¿te acuerdas de eso?); una caja de zapatos de la que rebosaban los rulos de plástico rosa de mamá, como un nidito de pequeños erizos color de rosa; un paquete lleno de fajas color carne, con manchas (¡horror!); una docena de anillas de latón para cortinas (¿para qué ventanas, de qué casa?); tu bicicleta; un paraguero negro de cerámica; una bandera de Estados Unidos. Casi había terminado, estaba tirando de un rollo de fibra de vidrio que se había quedado atascado en la cámara de debajo de la escalera del sótano, cuando reparé en el objeto escamoso: parecía una carpa polvorienta. Estaba tan cubierto de polvo, que tuve que estar un momento mirándolo, con los ojos fuera de las órbitas, para darme cuenta de que era una de las botas de piel de serpiente de

Sokal. También apareció la otra, más al fondo del hueco de la escalera. Y todo esto no es más que una pequeñísima parte del total. En el comedor ya no se puede entrar: tuve que meter las últimas piezas a la fuerza, y amontonar lo sobrante en la entrada. Lo cual resultará cómodo cuando llegue el momento de tirarlo todo: no tendré más que abrir la puerta y *empujar*. Si es que alguna vez deja de llover.

Los inquilinos del dúplex, que por fin logré alquilar, hará cosa de dos semanas, se quejaron al ayuntamiento por lo del techo, luego no me quedó más remedio que enviarles un operario. Según éste, no son solamente las tejas: el revestimiento interior está podrido. El tipo se niega en redondo a poner manos a la obra si no le pago de antemano, y ahora el ayuntamiento me ha obligado a retirarlo todo de la oferta de alquiler, incluida la parte que no tiene filtraciones, hasta que lo arregle.

Con todo mi cariño,
Andy

* * *

El hombre se quedó mirando a la chica como desconcertado por algún recuerdo. Luego dio media vuelta y desapareció en la choza —denominémosla por su verdadero nombre—. La chica, que se llamaba Florence, tardó largo rato en apartar la vista. Observó que la hierba del jardín estaba sin cortar, y mantuvo este dato en el recuerdo mientras se alejaba pedaleando, porque ya era casi la hora de cenar y tenía que comprar huevos. Pertenecía a una familia de pequeños granjeros, pero en casa no tenían gallinas. Las tuvieron, en tiempos, pero les cayó un rayo en el gallinero. Las sobrevivientes —casi todas habían perecido— vagaban por el patio como atontadas, cacareando lúgubrememente. Era un panorama desolador, y contemplarlo desde el porche, sentado en su vieja mecedora, había dado lugar a que el padre mantuviera una expresión de extremada tristeza, que sólo lograba suprimir en presencia de su hija, mientras ella le leía el Almanaque. A la chica no le sobraba el tiempo, últimamente, porque tenía que ocuparse del ordeño, del arado y de

la cosecha, por no mencionar el cuidado de las gallinas enfermas. Su padre llevaba en una silla de ruedas desde el día en que lo atropelló un conductor que se dio a la fuga, cuando cruzaba la carretera para recoger el correo, incluido su amado Almanaque, que quedó en la calzada junto a él. Su rostro, curtido por el sol, de rasgos duros, aun con algo de barba, porque muchos días no se afeitaba. Y antes de que ella recolectase, él cultivaba. Trigo, cebada y otros cereales, seguramente. Mientras tanto, el hombre permanecía sentado en una cama, en un colchón desnudo con los muelles al aire y con manchas de varias generaciones de personas extrañas, tratando de no pensar en nada, porque a eso había llegado, por eso se había instalado en este desolado paraje. Era la amada casa en que había transcurrido su infancia, antes de que sus padres permitieran que su afán de poseer utensilios modernos hiciera pedazos la familia. Eran pequeños agricultores. Eran seguramente amish, y no se relacionaban con la familia de la explotación agrícola grande que había carretera arriba, de la que llegó Florence en bicicleta aquella mañana tan llena de significado. Ambas familias se estuvieron mirando con malos ojos durante más de ochenta años, aunque Florence y el hombre, que se llamaba Adrian, o Adam, no fueran conscientes de ello. Sí que lo eran el padre de Florence —un hombre duro y amargado, muy recio— y la madre de Adam, que había sido bella alguna vez, pero que ahora era una figura medio olvidada en un asilo de Burbank, California, con un mechón de pelo gris cayéndole sobre los rasgos aún juveniles. De muchacha, era famosa en varias leguas a la redonda por su volcánico temperamento y su descuidada cabellera, y ello le había ahuyentado algunos pretendientes, aunque no al muy patán y pendenciero joven que luego sería el padre de Adam. No era hombre de los que se ponen detrás de un arado o se dedican a cortar hielo del lago en invierno, utilizando una sierra manual de buen tamaño. Cubierto de paja, en el sótano, el hielo se derretía con mucha lentitud, pero, aun así, en julio ya estaban bebiendo refrescos tibios, si podían permitírselos, o, si no, agua del arroyo, no menos tibia y sin depurar. Hasta un abrasador día de agosto en que llegó de los campos, con paso vacilante, el padre de Adam. Su joven esposa, con el rostro encendido y perlado de sudor, le tendió

un vaso de Coca-Cola caliente, como solía. Él se echó un buen trago al coleteo y el cuerpo entero se le revolvió. Una rociada del dulce líquido marrón vino a caer sobre el montón de ropa limpia que su mujer acababa de recoger del tendedero, tras haberla lavado en el pequeño arroyo que pasaba por la parte trasera de la casa. «Haz las maletas», masculló él, limpiándose la barbilla con el dorso de la mano. De manera que se llevó a su mujer y a su hijito al sur de California, y para Adam crecer en la antigua alquería no pasó de una fotografía en blanco y negro colgando de la pared de un agradable cuarto de estar de Glendale, donde la ventana panorámica enmarcaba un granado. Y ahora en este extraño pero familiar paraje, que la nieve llegaría a aislar algún día y donde «granado» no era más que una palabra del diccionario, ahí sentado, en un colchón lleno de manchas, trató de hacer lo que se había prometido hacer, es decir no pensar en nada. Y, sin embargo, aquella muchacha de la bicicleta, con su pelo color ala de cuervo, le chocaba contra las heridas del alma como una mariposa contra la luz de una bombilla agonizante.

* * *

Apreciado Marvin:

Me encantaría compensarte por el fallo, pero el caso es que no puedo publicar de nuevo tus poemas en el próximo número. Eran legibles, con algo de esfuerzo, por lo menos en la mitad de los ejemplares, y las personas a quienes correspondieron esos ejemplares y pusieron todo su empeño en leer los poemas no querrán, ciertamente, abrir el próximo número y volver a encontrarse con ellos. Envíame alguna otra cosa y, si está bien, te la publicaré.

Con mis mejores deseos,
Andrew

* * *

Apreciada señorita Moss:

Tenga la seguridad de que no hubo «desprecio» alguno en mi sugerencia de que enviase sus poemas a *American Pony*. Pensé, y sigo pensando, que sería un buen sitio para que publicara usted sus primeras cosas. Ello no quiere decir que sus poemas me parezcan «tontos». Ya le he dicho lo que pienso de sus escritos; y como lo dije lo pienso. No estoy en esto para luego dedicarme a ser amable. Lamento saber que sus padres no comparten para nada sus aspiraciones: yo padecí similares faltas de comprensión cuando era joven, sobre todo por parte de mi padre, que era entrenador canino y pensaba que yo lo que tenía que hacer era estudiar veterinaria, pero la cosa nunca llegó a los extremos que usted describe y, claro, siempre es más fácil siendo un chico. Pero tiene usted la suerte de contar con el apoyo del señor Caldwell, que quizá pueda intervenir. En lo que a mí respecta, la verdad es que no puedo decirle si haría bien «cortando las amarras», ni sé de ningún sitio en San Francisco donde pudiera usted alojarse. Le ruego que lo comprenda, es algo que me resulta totalmente ajeno. En lo tocante a su deseo de enviarme más muestras de su escritura, aunque no se las publique, qué quiere que le diga, mal podría negarme, dadas las circunstancias. No olvide usted, sin embargo, que soy una persona muy atareada, incluso agobiada, y en este preciso momento me hallo envuelto en problemas económicos muy desagradables, por no mencionar que estoy en pleno proceso de tener que abandonar mi residencia actual, más que nada por la excesiva cantidad de objetos que en ella han ido acumulándose, de manera que no puedo prometerle más allá de unas cuantas notas en los márgenes, lo que se me vaya ocurriendo sobre la marcha, mientras leo. Y, por favor, no se olvide de incluir un sobre franqueado para la respuesta.

Atentamente,
Andrew Whittaker

* * *

Mi querida Jolie:

Son las tres de la madrugada. Me dormí temprano, pero luego me desperté a medianoche y llevo desvelado desde entonces. Ni

siquiera estoy cansado. Últimamente, parece que puedo apañármelas con muy pocas horas de sueño. Se me pasó por la cabeza salir a dar un paseo, pero me temo que va a llover de nuevo, de manera que lo que voy a hacer es hablarte de una cosa que he descubierto en el sótano. ¿Te acuerdas del montón de álbumes fotográficos que nos trajimos de casa de mamá? No me sorprendería que no te acordases. Vivíamos con tanta prisa, entonces, por el trabajo, y tan atrapados en nuestras peleas, y en realidad estábamos tan enfadados con mamá, por el modo en que se comportaba, que apenas si les echamos un vistazo a los álbumes antes de amontonarlos en el sótano con las demás porquerías. Yo mismo los había olvidado. Pero la semana pasada me encontré sentado en una de esas cajas azules de plástico, las de la leche, con la espalda apoyada en el cálido metal, ligeramente vibrátil, de la secadora y los álbumes abiertos en el suelo, a mis pies. Los chasquidos rítmicos de la máquina —estaba secando la camisa de cuadros escoceses, la de la cremallera—, combinados con el susurro de la lluvia y el olor a moho del sótano, contribuían a crear el ambiente perfecto para un viaje al pasado. Fui mirando los álbumes página por página. Lo primero que me llamó la atención fue que mamá hubiera ido pegando las fotos sin orden alguno. Aquí una foto de papá a los cincuenta y al lado una de Peg a los dos años. Recuerdo que mamá guardaba las fotos, todas ellas, en una caja de cartón, en el armario de su dormitorio, y todas las Nochebuenas sacaba la caja a rastras y vaciaba su contenido sobre la alfombra del cuarto de estar, en montón; luego nos sentábamos a mirar las fotos y a veces hasta nos peleábamos por ellas. Hace mucho tiempo de eso. Supongo que cuando le regalaron los álbumes —tuvo que ser cuando hacía colección de Sellos Greenback, en la época en que «ganó» (como le gustaba decir) ese juego de cacerolas baratas de aluminio que nos pasó a nosotros— lo que hizo fue ir pegando las fotos a voleo, según las cogía de la caja.

Me figuro que será por esa aleatoriedad por lo que no nos dimos cuenta, al hojear los álbumes, de esta cosa tan rara que voy a contarte. No estuve seguro hasta no haberlas despegado todas de los álbumes y tenerlas colocadas en el suelo, no sin haber roto bastantes de ellas en el empeño.

¿Te acuerdas de cómo lamentaba yo el hecho de no tener apenas ningún recuerdo de la infancia, o, al menos, nada que pudiera compararse a lo que otras personas sacan a la luz en cuanto se les cae un pañuelo al suelo? Tú, por ejemplo, eres capaz de pasarte horas charlando de cosas tan triviales como el trajecito de nido de abeja que llevaste a la fiesta de cumpleaños de un amiguito, teniendo tú seis años y él siete, mientras yo poseo, como todo testimonio de mi existencia en el pasado, unas cuantas imágenes apagadas o mugrientas, pegadas a la cabeza como instantáneas, estáticas y sin relación con nada anterior o posterior, sin fecha y, por consiguiente, casi desprovistas de significado. En la facultad, cuando los demás se juntaban a intercambiar recuerdos, yo no tenía más remedio que inventármelos.

Algunas fotos llevan anotaciones al dorso, por ejemplo: «Peg y papá en el Lago de los Ciervos», «Andy y Peg comiéndose una sandía». Pero raramente llevan fecha. De manera que cuando pude hacerles sitio en el cuarto de estar para aplicarme a la tarea de disponerlas por orden cronológico, tuve que atenerme casi por completo a la información que me suministraban las propias fotos: el tamaño creciente de Peg y mío, las progresivas arrugas y el mal color de la piel de mis padres, el ineluctable ensanchamiento de sus respectivas cinturas, la aparición y desaparición de varios gatos y perros, la calvicie gradual de papá y los peinados cada vez más ineficaces con que trataba de taparla, y, claro, los cambios de diseño en los modelos de coche junto a los cuales nos fotografiaban con deprimente regularidad. Me costó dos días de ajustes y reajustes —en el transcurso de los cuales varias veces hube de desplazar cientos de fotos una fracción de centímetro en uno u otro sentido para dejar espacio en el suelo donde encajar una nueva foto —, hasta que por fin las tuve todas en una vasta espiral, conmigo luciendo un gorrito de encaje, en el centro, y también conmigo, al final, esta vez en calidad de adolescente sin camisa y malhumorado, sentado en la escalinata de nuestra casa de la avenida Laurel, con el ceño amenazador apenas visible tras dos dedos centrales levantados.

Hay fotos más de cuando era pequeño —solo, o con Peg, o con algún animal, en fiestas y en las Navidades—, hasta tercer

grado, quizá. En ellas vemos a un niño solemne, sin sonrisa, serio y, sin embargo —se nota—, nada triste, seguramente. Tiene el pelo rubio o, por lo menos, no es castaño. Luego hay fotos mías de cuando era un adolescente con espinillas y con el pelo unos cuantos tonos más oscuro (debido, quizá, a las generosísimas aplicaciones de Vitalis o de Brylcreeme que sugiere su brillo artificial), con los calzones muy altos, sujetos ceñidamente con un cinturón estrecho. Me habría apetecido escribir «sujetos ceñida y dolorosamente», pero la verdad es que no me acuerdo de si me hacía daño o no, y sería meterse en adivinaciones. Al final de los subidos pantalones se ven unos calcetines de rombos que no hacen juego, y llevo unos zapatones de color marrón, cuando en aquella época los demás chicos llevaban mocasines de cuero con una moneda por hebilla. Y hay una foto mía con un bañador que me hacía bolsas, a la orilla de un lago, con las piernas, tan huesudas, como cañas de bambú plantadas en un par de macetas sobredimensionadas, vistas del revés, claro —quiero decir que las macetas tendrían que haber estado cabeza abajo—. Y, por supuesto, se nota que he crecido, aunque, así, a primera vista, la cabeza da la impresión de haberse quedado rezagada. En todas estas fotos posteriores, sin excepción, se me ve hosco y rencoroso. Quizá lo fuera. O quizá dé esa impresión porque no me gustaba que me hicieran fotos. De hecho, saber que me iban a hacer una foto me llevaría seguramente a avergonzarme del aspecto que tenía, como seguiría avergonzándome ahora si pudiera experimentar dicho aspecto como propio, si lograra reconocerme en la persona de las fotos y no ver en ellas a un extraño; en otras palabras: si pudiera *acordarme* de él. Miro las fotos y me digo que *sí*, que *soy yo*, pero no noto el calor de la identificación.

Entre uno y otro grupo de fotografías transcurre, calculo, un período de siete u ocho años. Conservo escasísimos recuerdos de la época, y ahora, con las instantáneas distribuidas por el suelo, he descubierto que *¡tampoco hay fotografías!* ¿Por qué, durante todo aquel prolongado intervalo, tan importante en la vida de un niño, no hubo nadie que se molestara en hacerme una foto? Las hay, innumerables, de Peg en ese mismo lapso de tiempo: Peg en la playa, Peg montada en su poni. Yo tenía todo el derecho del mundo

a figurar con ella en alguna foto. De hecho, las hay en que Peg aparece a un lado del encuadre, como dejándome sitio. Es como si yo me hubiera desvanecido: niño bueno o, en todo caso, normal, que desaparece durante largo tiempo, para no reaparecer sino en forma de individuo de mayor tamaño y muy escaso atractivo. Tendría que escribirle a Peg, preguntándole, pero sé que nunca me contestaría.

Hasta esta noche, en la cama sin poder dormir, no me di cuenta de que no es sólo que mis recuerdos *parezcan* fotos, en su aislamiento e inmovilidad, sino que *son* de fotos, recuerdos de estas *mismas* fotos que tantas veces tengo que haber visto, de mayor, en casa de mamá, por ejemplo todas las Navidades, sin falta. Aparte de ellas, apenas si tengo nada.

Tu tarjeta llegó esta tarde. Esperaba más comprensión de tu parte en lo relativo al dinero. Dos meses no van a resolver el problema, pero ayudarán. Incluso es posible, suponiendo que pueda alquilar esta casa y las otras dos que están vacías, incluso es posible que esté en condiciones de mandarte algo más ya el mes que viene. Pero lo cierto es que se hallan en un estado lamentable y que no tengo dinero para meterme en reparaciones. Sé que Nueva York es caro, pero quién te mandó mudarte. Yo lo que hago es atravesarme la ciudad entera para hacer la compra en el nuevo Safway, distraendo un valioso tiempo de otras ocupaciones, sólo para ahorrar unas moneditas. Estaría bien que lo recordaras la próxima vez que te subas a un taxi en Manhattan.

Con todo mi cariño,
Andrew

* * *

patatas (muchas)
latas (chile, sopas, judías Big John)
liverwurst
margarina
corvejones de cerdo
cereales Sugar Puffs

magdalenas
carne quizá un filete
chuletas de cerdo
betún
atún
sardinas
queso en lonchas
patatas fritas congeladas — cupones
cosas para mediodía
pan
cereales
papel higiénico (mucho)
nata en bote
bombillas
giro postal
llaves de paso de media pulgada
vodka
tapones para los oídos

* * *

Querido Harold:

Claro que me acuerdo de ti. Me parece muy interesante que te hayas pasado a la agricultura. Yo también me siento muy cercano al campo, a pesar de mi exilio en la ciudad, inevitable éste, por las ventajas que ofrece a alguien como yo, que siempre ha de estar en presencia del público, ante sus ojos, como quien dice, o dándole por saco, como a veces hago. En lo que respecta a la maquinaria, etcétera, no puedo emitir juicio. De manera que acabaste casándote con Catherine. ¡Cómo competimos por ella! Que gane el mejor, como suele decirse, y ganó el mejor, estoy seguro. Jolie y yo nos separamos hace dos años. Me quedé con la casa, un edificio Victoriano demasiado grande para mí, que ni por lo más remoto me resulta posible mantener. Me tiro un montón de horas haciendo limpieza y al cabo de unos días está igual que al principio. A veces se siente uno muy solo en ella, y se me ha pasado por la cabeza la

idea de buscarme un perro, pero me da miedo que salga mordedor. Tengo un cuarto de trabajo, en la propia casa, donde escribo y me ocupo de las tareas de publicación, de manera que no me veo obligado a salir con mucha frecuencia. Supongo que una de las cosas buenas de vivir en el campo será lo de no tener vecinos. Ni que decir tiene: no dejes de hacerme una visita si pasas por aquí, aunque no creo que pueda «agarrármela» contigo. Tengo pequeños problemas de salud. Nada serio, pero debo andarme con un poco de cuidado. Y ahora en los bares no hay más que gente tremendamente joven. Supongo que tú, que trabajas a la intemperie, haga el tiempo que haga, estarás rebosante de salud, y seguramente parecerás más joven de lo que eres. Yo a veces tengo un ruido muy raro en el pecho. Nos vemos obligados a tomar decisiones demasiado pronto, basándonos prácticamente en nada, y luego acabamos viviendo estas vidas distintas en que nos vemos apresados. Es todo tan deprimente. Una vez encerrados, no vemos el modo de salir. Creo que me encontraría mejor si hiciera más ejercicio, pero no quiero meterme en nada demasiado fuerte, comprendes, por el ruido del pecho. Lo mío es el trabajo de oficina, básicamente. Muy aburrido. No dejes de avisarme si pasas por aquí, porque no me gustan las sorpresas. ¿Qué es lo que cultivas?

Andy